

EL PATITO- AGUJEREO



Chascon
Revista infantil

Nº 26
Año 1





1.— El capitán del barco se quedó con Xuri. A Robinsón le presentó a un rico propietario de una plantación de cañas de azúcar.



2.— Robinsón quiso hacer fortuna y se estableció como plantador. Adquirió terrenos y se hizo amigo de su vecino, un tal Wells, que le ayudó mucho.



3.— Con azúcar y tabaco empezó a hacerse rico Robinsón. Adquirió un esclavo negro y trabajó afanosamente. Poco a poco se hizo amigo de todo el mundo.



4.— Cuatro años vivió en aquellas tierras muy cómodamente. Un día reunió a varios amigos y les habló de su vida, dejándoles asombrados.

En el próximo número:

Redacción y Administración: — Agustinas 1639. — Casilla 2787

REVISTA SEMANAL DE CUENTOS INFANTILES



Chascón contra Tarzán

Episodio N.º 26

Chascón no se asustó, por cierto, al oír reír al gigante.

—No sé lo que es miedo, farsante ridículo; no sé lo que es huir de alguien. En vez de reír tanto, si quieres pelea, sube a combatir conmigo — le dijo Chascón al gigante barbudo.

Tarzán escuchó estas palabras de Chascón y se dió cuenta de que la cosa se ponía seria. Se alejó, pues. Después de cruzar una galería, llegó a la sala en que se encontraba el anciano con su bella sobrina. Tarzán hizo una profunda reverencia y les prometió no hacerles daño ninguno si le proporcionaban un caballo, para poder huir al instante.

Mientras esto ocurría en la sala de los

altos, Chascón comenzó su pelea con el gigante. En cuanto lo tuvo al alcance de sus brazos, Chascón le lanzó un feroz golpe con la espada; pero ésta se quebró contra el pecho de su rival.

—¡Já, já, já, já! — rió el gigante, burlándose de Chascón.—A mí no me vence cualquiera, muchacho.

Chascón aprovechó el momento en que el gigante hablaba, entre grandes risas, para dar un brinco y trepársele en la cabeza. Ahí comenzó a propinarle una lluvia de puñetazos. Al poco rato, los ojos del gigante estaban más hinchados que un globo. Entonces Chascón, sin vacilar un minuto, se apoderó del garrote de su rival y, haciendo un poderoso esfuerzo, lo levantó y dejólo caer sobre la dura cabeza del monstruo.

—¡Ay, que me muero! — suspiró el gigante, cayendo al suelo con gran ruido. Chascón lo miró unos segundos, vió que el gigante yacía en el suelo, cerrados los ojos, completamente aturcido.

—¡Al fin he salido de esta aventura! — exclamó Chascón.—Este gigante es el más fuerte de todos los enemigos que hasta hoy me han salido al paso.

En seguida, Chascón subió de cuatro en cuatro las escaleras. Acudió a la sala en que estaba el anciano con su sobrina. Tarzán alcanzó a divisar a Chascón y saltó por una ventana, escapando más rápidamente que un conejo.

—¡Por fin se ha marchado este bandolero!—exclamó la sobrina del anciano.

—Y seguramente no volverá — le contestó Chascón, sonriendo muy cortésmente.

**(Siga leyendo en las páginas centrales las aventuras
de estos inolvidables personajes)**

El patito agujereado

Mari-Juana poseía un patito de celuloide, excelente nadador, al que todas las noches dejaba flotar en el agua de su bañera. Era lindo de veras. Tenía el pico amarillo, azules las alas y la cabeza muy erguida.

También tenía la niña dos ranas de juguete y dos barquichuelos con los cuales jugaba muy bien a la hora de tomar el baño. Ahí bien; cierto día en que se enfadó, perneó tan vigorosamente dentro del agua, que saltó ésta y se llevó consigo el pato y una rana.

—¡Bum! Ambos juguetes cayeron al suelo. La niña divisó al punto la rana y la volvió a meter en la bañera pero ¿y el pato? ¿Dónde estaría el pato?

Como no le veía ¿qué supondréis que sucedió? Pues que le puso el pie encima y le aplastó un costado. Miró al suelo y vió lo que había hecho. ¡Cómo lamentó la desgracia! ¡Pobre patito!

—Mira como ha quedado; hecho una lástima — dijo a Mari-Juana. — Por tu mal genio se ha caído al suelo y yo le he pisado.

Mari-Juana se disgustó mucho. Tomó el patito, lo examinó y probó a deshacer el bollo hecho sobre una de sus alas. Después le depositó en el agua... y sucedió algo espantoso. ¡El juguete comenzó a llenarse de agua!

Con el pisotón se le había abierto un agujero en el ala y ¡claro! no flotaba.

—Ay, Ana. ¡Mira! — exclamó la niña.— El patito hace agua. Se hundirá y ahogará. ¿Qué podría hacerse con él?

—Nada — replicó la niñera.— No tiene compostura, Mari-Juana, por consiguiente guárdale en el armario de los juguetes y no le mojes más.

El patito lamentaba su triste situación. A él no le agradaba vivir dentro de un armario. Estaba hecho para flotar en el agua y esto era lo que apetecía. Además, los otros juguetes se reían de él porque ya no servía para nada y se sentía desgraciadísimo.

Cierto día vino a tomar el té con Mari-Juana un amiguito y compañero de juegos. Examinando los juguetes del armario tropezó con el pato de celuloide.

—¿Qué es esto? ¿un pato? — preguntó.— Llémosle al cuarto de baño y veamos cómo flota dentro de la bañera.

—No puede nadar — respondió Mari-Juana.— Está agujereado

—¡Anda! Entonces no sirve para nada — dijo el niño. Y le tiró por la ventana. ¿Qué os parece? ¿Habrás visto fresca?

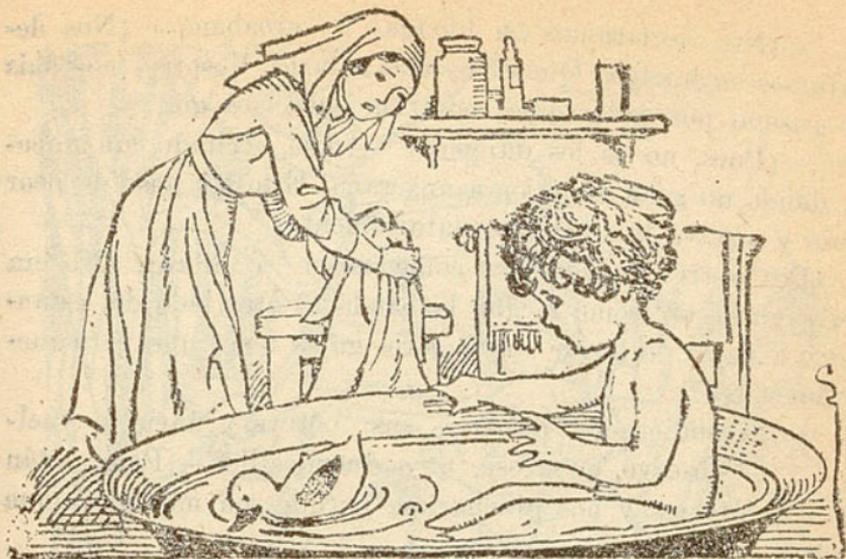
Mari-Juana se enfadó muchísimo.

—¿Por qué has hecho esto? El patito *es mío*. Voy por él — dijo.

Mas no pudo hallarlo durante largo rato, a pesar de haberlo buscado, y se volvió a casa. El patito se hallaba debajo de la ventana, entre unas matas de pensamientos que erecían junto al sendero del jardín.

—Sólo esto me faltaba — pensó después de recobrase del susto que le había producido la caída.— ¿Qué haré ahora?

Pero no podía hacer nada, excepto permanecer inmóvil. Un duendecillo que habitaba junto a la mata de pensa-



Sucedió una catástrofe espantosa: ¡El patito se llenó de agua!

mientos se acercó a examinarle, habló con él un rato, le acomodó bien sobre la tierra y tornó a su casa. El patito se estuvo muy quieto contemplando las flores y las abejas que revoloteaban en torno de ellas. Pero, con toda su alma deseaba hallarse a cubierto.

Por la noche oyó un gran ruido que procedía, al parecer, del estanque situado al fondo del jardín. Sonaban voces airadas, croar de ranas, zambullidas ¿qué podría ser?

Estiró el cuello y presenció un espectáculo singular. Sentadas al borde del estanque había una hilera de ranas verdes, hermosas, ariscas, de entre las cuales no había ni una sola que quisiera arrojarle al agua. Al otro lado del estanque se daba una fiesta y los duendecillos del jardín querían que las ranas les condujeran a dicha orilla atravesando a nado el estanque, pero ellas se negaban. Y allí estaban, inmóviles, croando, enojadas, cuando algún duendecillo trataba de empujarlas hacia el agua.

—¡Nos declaramos en huelga! — croaban. — ¡Nos declaramos en huelga! Queremos más salario. Vosotros nos dais un gusano por cada viaje; nosotras queremos dos.

—¡Pues, no os los daremos! — dijo, irritado, un duende, dando un gran empujón a una rana. Esto las puso de peor genio y agravó la situación, naturalmente.

Dos o tres duendecillos comenzaron a llorar. ¿No era desesperante oír cómo tocaba la banda al otro lado del estanque y a pesar de llevar sus mejores galas tener que permanecer inactivos?

—¡Si pudiéramos recorrer sus bordes y darle la vuelta!... — observó, pesaroso, otro duendecillo. — Pero, están llenos de ortigas y nos pincharían, porque son más altas que nosotros.

Entonces se le ocurrió una idea luminosa a un duendecillo bajito que se mantenía apartado de los demás en actitud pensativa.

—En el sendero, junto a una mata de pensamientos morados — dijo — hay un patito de celuloide. Si se lo pidiereis quizá nos llevase al otro lado del estanque.

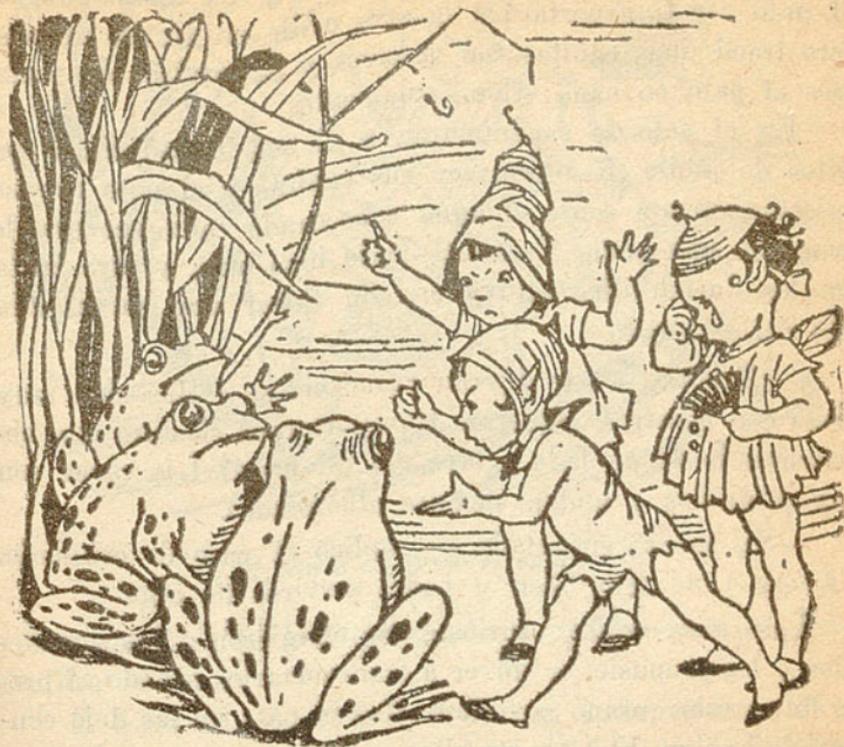
—¡Vamos a pedirselo! — gritaron todos. Corrieron junto al pato, pero éste meneó la cabeza con pesar.

—Quisiera complaceros — dijo — más, ved, estoy agujereado, de modo que si me echáis al agua me hundiré inmediatamente. ¡Cuánto lo siento!

—¡Nosotros te compondremos! — exclamó el duendecillo bajito. — Me llegaré a una colmena y pediré a las abejas un poco de cera. Verás cómo con un emplasto no entrará dentro de tu cuerpo ni una gota de agua.

—¡Oh, sí, sí! ¡Hazlo al punto! — rogó el pato, encantado, ante la perspectiva de volver a flotar. — Si me compones os llevaré en el acto al otro lado del estanque.

El duendecillo se lanzó en busca de una colmena, y cuan-



—Nos declaramos en huelga—dijeron las ranas

do hubo dado con ella despertó a dos abejas y les explicó lo que deseaba. Ellas le dieron un poco de la cera almacenada y partió al instante. Moldeó dicha cera con los dedos diminutos e hizo una pieza que se adaptaba perfectamente al agujero abierto en el ala del pato. Después la pegó a ésta con la miel destilada por un trébol.

—Ea, ya está — dijo, con satisfacción.— Ahora te arrastraré hasta el estanque. Pareces muy ligero.

Echó un tallo de hierba al cuello del pato y le arrastró en pos de sí. ¡Paf! ¡Cómo le roció el pato al caer en el agua! ¡Cómo subió y bajó, alegremente, sobre ella!

—¡Venid! — gritó el duendecillo a sus compañeros.— El pato nos transportará a la otra orilla en grupos de seis. Pero traed unas cañitas con vosotros y os servirán de remo, pues el pato no nada; flota solamente.

En el acto se encaramaron a él seis duendecillos con gritos de júbilo. Remaron con sus cañitas y el pato avanzó majestuosamente sobre el agua cabeceando cada vez que le levantaba una onda. Tras este viaje hizo otro, y otro hasta que los duendecillos estuvieron, sin faltar uno, en el otro lado del estanque.

—¡Gracias! — le dijeron agradecidos.— Has sido muy bueno con nosotros. ¿Querrás transportarnos siempre que necesitemos ir de un lado a otro del estanque? Las ranas son muy estúpidas y andan siempre alborotadas.

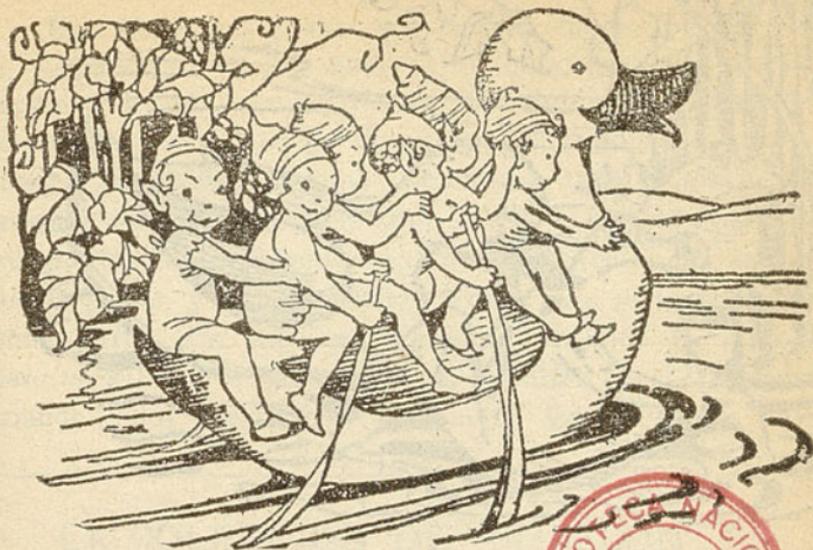
—Sí, acepto encantado — replicó el pato de celuloide.— Ahora floto muy bien y podré servirlos de algo.

Las ranas estaban furiosas. Se dirigieron a los duendecillos y les propusieron volver a transportarlos a nado al precio de un solo gusano por viaje. Mas el pato no las dejó concluir de hablar. Flotó hasta ellas y les dió un gran picotazo.

—Conque un gusano por viaje, ¿eh? — dijo, remedándolas.— Yo no les cobro nada. ¡Fuera! No volváis a molestar a los duendecillos. De hoy en adelante seré yo quien les transporte de un lado a otro del estanque.

Y así lo hace. Dos o tres veces por semana se dirigen los duendecillos a una fiesta y él les conduce a ella, orgulloso de su misión. No tiene miedo de negarse, porque el parche de cera no se ha derretido todavía.

—¿Dónde estará mi patito de celuloide?—, se pregunta Juana en más de una ocasión. Ha registrado el jardín, pero inútilmente. No le encontrará. De día permanece escondido en un agujero, a orillas del estanque. Si le descubris en él



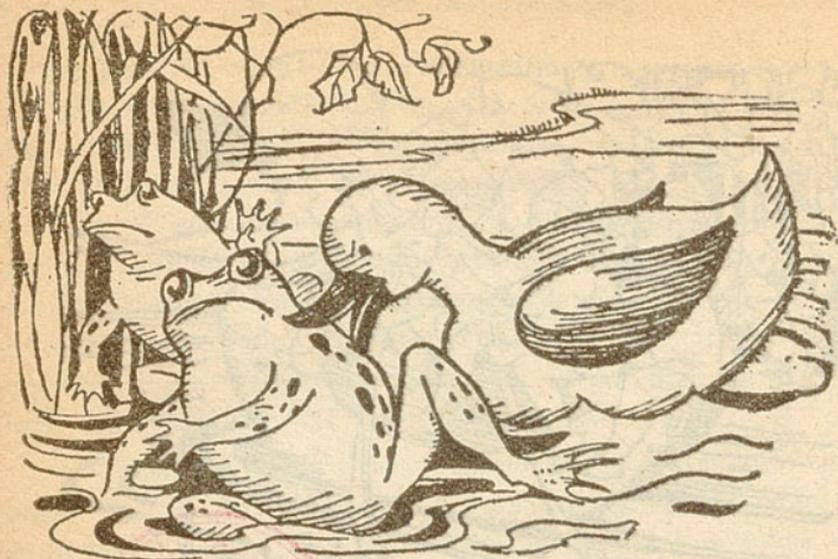
El patito atravesó el estanque

por casualidad, no le toquéis. ¡Ahora pertenece a los duendecillos del jardín!

Y estos duendecillos le tienen un amor enorme al patito. A veces, se van hasta el fondo del jardín y le eligen hierbas recién brotadas, para que coma algo fresco; otras veces, entran en la casa y se roban en la cocina muchas cosas buenas para su patito.

Pero sucedió que un día la mamá de Mari-Juana salió a dar un paseo por el jardín. Había atardecido y, como el aire estaba agradabilísimo, la señora deseaba caminar un rato por entre los árboles. De repente vió una cosa extraña: un patito de celuloide, cargado de duendecillos, iba cruzando alegremente el estanque. Los duendecillos reían como niños, felices de la excursión.

—¡Qué linda está la tarde! — exclamaban. ¡Qué gusto



Flotó hasta donde estaban las ranas y les dió un buen picotazo

tan inmenso da tener un patito nadador, lleno de buena voluntad!

La mamá de Mari-Juana oyó lo que decían los duendecillos y exclamó.

—¡Ese es el patito de mi hija! ¡Voy a llevárselo de nuevo!

Y comenzó a gritar;

—Mari-Juana... Mari-Juana... ven... aquí está tu patito... lo he encontrado.

Los duendecillos oyeron los gritos de la señora y se asustaron mucho.

—Estoy perdido — les dijo el patito.—Si Mari-Juana me lleva a la casa, nunca más podré estar con ustedes. Mari-Juana tiene muy mal genio y me va a hacer pedazos.

—¿Qué hacer?... ¿Qué hacer, patito? — preguntaban los duendes, muy preocupados.

En esos momentos, apareció Mari-Juana, corriendo.

Una nube, que pasaba por encima del jardín, muy arriba, en lo más alto del cielo, miró hacia la tierra y vió la angustia de los duendecillos y del pobre patito agujereado. Se compadeció mucho y, alargándose, alargándose, cubrió de sombra el jardín, porque oscureció todo el cielo. Mari-Juana y su mamá se asustaron al ver lo que ocurría. Mientras tanto, los duendecillos salieron a la orilla del estanque, con el patito, y se escondieron. Nunca más se les vió en ninguna parte. Sin embargo, siguieron viviendo en el jardín; pero no salieron a pasear sino en las altas horas de la noche, cuando todos dormían en la casa de Mari-Juana.

LA COLECCION DE "CHASCON" ES
UNA ESPLENDIDA BIBLIOTECA
INFANTIL

Todos los cuentos que publica "CHASCON" son cuidadosamente seleccionados entre lo mejor de la literatura infantil universal. De aquí que, conservando cada número, es posible reunir los cuentos y las historias más famosos, más celebrados entre todos los niños del mundo.

Puede Ud. pedir todos los números atrasados de "CHASCON" en librerías, puestos de periódicos o en la

EDITORIAL ERCILLA

Agustinas 1639 — Stgo. de Chile — Casilla 2787

Romance para los niños

Delgadina, la Princesita prisionera



Un rey tenía tres hijas,
tres hijas como la plata;
la más chica de las tres
Delgadina se llamaba.

Un día, estando comiendo,
dijo al rey, que la miraba;
—Delgada estoy, padre mío,
porque estoy enamorada.

Venid, corred, mis criados;
a Delgadina encerradla;
si os pidiese de comer,
dadle la carne salada;
si os pidiese de beber,
dadle la hiel de retama.

Y la encerraron al punto
en una torre muy alta.
Delgadina se asomó
por una estrecha ventana;
desde allí vió a sus hermanos
jugando con unas cañas.

—Hermanos, por compasión,
dadme un poquito de agua,
que el corazón tengo seco
y a Dios entrego mi alma.

—Quita de ahí, Delgadina,
que eres una descarada;
si mi padre, el rey, te viera
la cabeza te cortara.

Delgadina se quitó
muy triste y desconsolada;
luego se volvió a asomar
a aquella misma ventana;
a sus hermanas las vió

bordando ricas toallas.

—Hermanas, por compasión,
dadme un poquito de agua,
que el corazón tengo seco
y a Dios entrego mi alma.

—Quita de ahí, Delgadina,
que eres una descarada;

si mi padre, el rey, te viera,
la cabeza te cortara.

Delgadina se quitó
muy triste y desconsolada;
cuando se volvió a asomar
a aquella estrecha ventana,
a su madre divisó
hilando copos de lana.

—Madre mía, madre mía,
dadme un poquito de agua,
que el corazón tengo seco
y a Dios entrego mi alma.

—Venid, corred, mis criados,
a Delgadina dad agua,
unos en jarros de oro,
otros en jarros de plata.

Cuando llegaron a ella,
la encontraron muy postrada;
la Magdalena a sus pies,
cosiéndole la mortaja;
el dedal era de oro,
las agujitas de plata;
los ángeles del Señor
bajaban ya por su alma.
Las campanas de la gloria
ya por ella repicaban;
las campanas del infierno
ya por su padre doblaban.

La
Gallina
y el
Filósofo



Estaba la gallina con sus doce pollitos, alegremente, paseando al sol. A veces, los pollitos se alejaban un poco. La gallina los vigilaba como una buena madre.

Observaba esta escena un viejo filósofo, que creía saberlo todo de pe a pa. Y de repente se extrañó mucho al ver que la gallina daba un salto y llamaba, asustada, a sus polluelos. Corrieron los polluelos a meterse bajo el ala de la mamá y allí se quedaron, sin moverse, largo tiempo.

—¿Qué sucede?—le dijo el viejo a la gallina.—Yo no veo peligro ninguno. ¡Es estúpido asustarse así, tan repentinamente!

—No seas tonto — le contestó la gallina. — Lo que un extraño, aunque sea más sabio que tú, no alcanza a divisar siquiera, lo ve una madre inmediatamente.

En efecto, en lo más alto del cielo, como un puntito, andaba revoloteando un milano, ese enemigo feroz de los pollos.

Es que una madre siempre tiene los ojos muy abiertos cuando se trata de sus hijos.



1.— El gigante despertó de su aturdimiento y, sentado en el suelo, se rascó furiosamente la cabeza.



2.— En seguida se levantó, resuelto a buscar a Tarzán y darle una paliza, para castigarle por haberle hecho pelear con Chascón.



3.— Tambaleándose subió las escaleras y llegó a la sala en que Chascón estaba con el anciano y su sobrina.



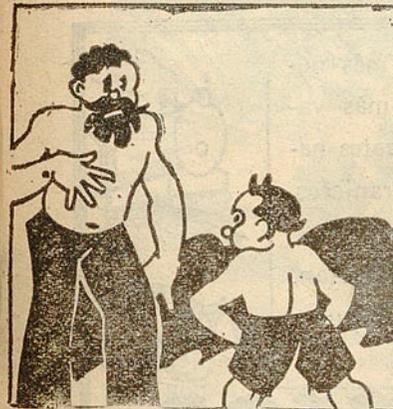
4.— No vengo a pelear contigo —le dijo el gigante a Chascón—. Vengo en busca de Tarzán para comérmelo, vivo si es posible,



5.— No te necesito para nada —le contestó Chascón, acercándose con los puños en alto. El gigante, al verlo así, huyó dando brincos.



6.— Chascón se despidió en seguida del anciano y de la muchacha. Salíó al camino y se encontró con el gigante, que estaba descansando.



7.— El gigante le rogó que lo llevara con él. Le dijo a Chascón que quería vengarse de Tarzán y que desde ese momento le ayudaría a buscarlo. ¿Dónde se ha metido Tarzán?...



8.— Chascón le ordenó entonces que fuera a buscar unos caballos. Regresó al cabo de una hora el gigante, trayendo dos lindos caballos. ¿Logrará huir?

Nuestros amiguitos bolivianos

Hemos recibido una carta de este lectorcito de Chascón. Nos dice que siempre lee la revista y que le gusta muchísimo. Nos envía su retrato y sus felicitaciones.

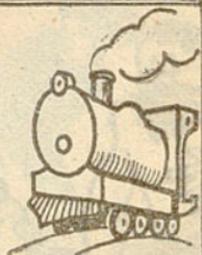
Este amiguito nuestro se llama **Franzly Haeter Arce**. Vive en Oruro (Bolivia) y es un excelente alumno del Colegio Alemán.

Nosotros nos alegramos de saber que, fuera de Chile, contamos con buenos y cordiales amigos. Procuraremos que tanto los de fuera como los del país encuentren siempre en las páginas de Chascón su lectura más entretenida.



Lo mejor, lo más novedoso y lo más variado en juguetes nacionales y extranjeros.

Los papás encontrarán lo que necesitan, y los niños lo que desean.



CASA JACOB

AHUMADA 23. — Santiago

Plaza Anibal Pinto. — Valparaíso

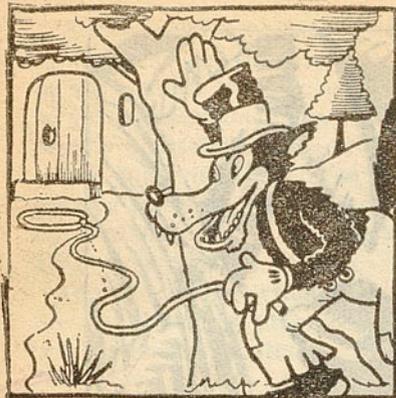
EL SOL Y LA LUNA



El sol era antes un hombre cazador y vivía en la tierra con su mujer: la luna. Un día volviendo de caza, el sol sorprendió a su mujer relatando a otra un secreto. Iracundo, le dió unos golpes en la cara (por eso tiene manchas la luna) y pensó matarla; pero la mujer, huyendo, subió a una barranca, siempre perseguida por el sol, y se arrojó al espacio. El marido se tiró tras de ella. Y en el espacio continúa, siempre el sol persiguiendo a la luna, sin conseguir atraparla.

Ernesto Morales

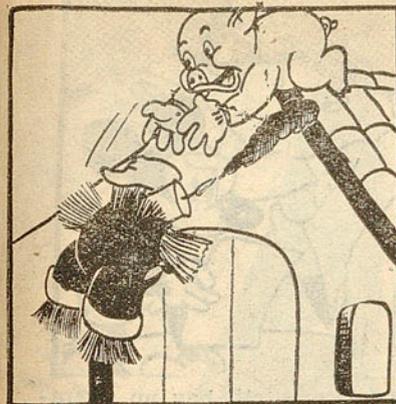
Los Tres Chanchitos



1.— El lobo feroz, siempre tratando de comerse a los chanchitos ha colocado ahora un lazo en la puerta para atrapar al que salga.



2.— Pero como el chanchito mayor no se descuida nunca, vió desde lejos lo que el vil lobo se proponía hacer.



5.— Una vez arriba metió la paja en su ropa, prendió el petardo y lo disparó al lazo cuando el lobo estaba distraído.



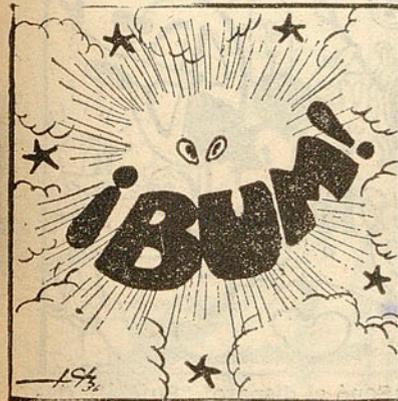
6.— El lobo al notar la ropa del chanchito, tiró con todas sus fuerzas antes que se le escapara "su presa".



3.— No puedo perder ni un minuto —se dijo— si uno de mis hermanos sale el lobo tirará el lazo y no habrá salvación.



4.— Corrió a buscar un cartucho de dinamita y un poco de paja y se introdujo a la casa por el fondo subiéndose al techo.



7.— Pero justo llegó a su lado cuando reventó la dinamita, ¡pobre lobo! Todo el humo que no se tragó se le fué a la cabeza.



8.— Tan mal parado quedó que los chanchitos jugaron con él como con un manso corderito.

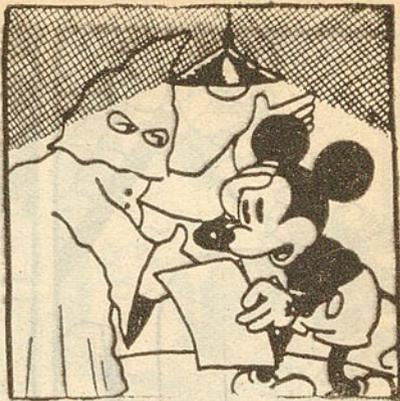
EL RATON MICKEY

(M. R.)

¿SALIERON HACIA
LO DESCONOCIDO!



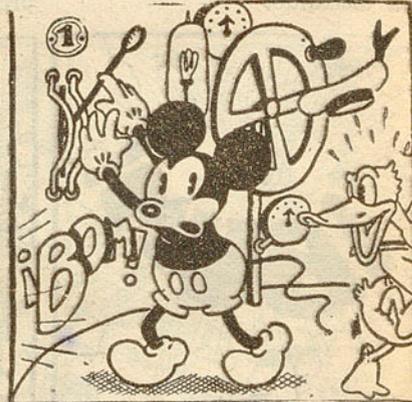
1.— No quiero ir a Marte, todavía no conozco bien la tierra.
—Si no se calla, donde irá será a la sala de torturas.



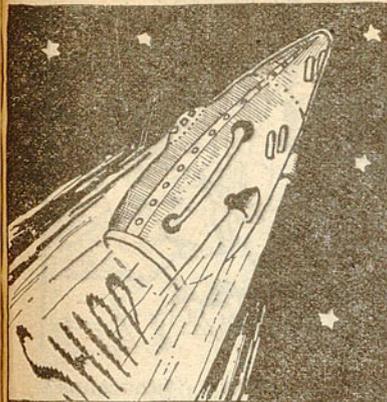
2.— En el proyectil hay un aparato de televisión muy potente por el que le iremos dando órdenes. En este papel hay instrucciones para manejarlo.



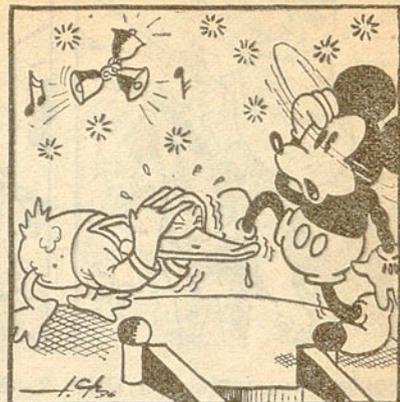
3.— Prepárese amigo, en dos minutos más saldrá el aparato. Cuando hagamos sonar un disparo Ud. bajará la palanca número uno... Si no... Le esperan las torturas.



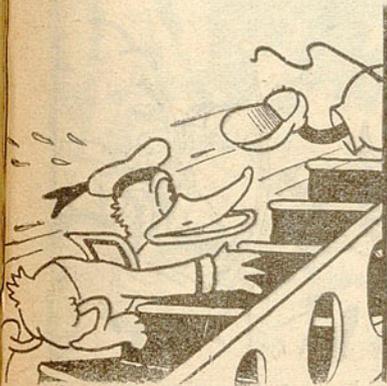
4.— ¡Sonó el disparo! "Sujétate Catalina que vamos a galopar".
— ¡Santo cielo! yo no miro.



5.— Nuestros amigos han salido a Marte a una velocidad de 550.000 millas por cuarto de segundo.



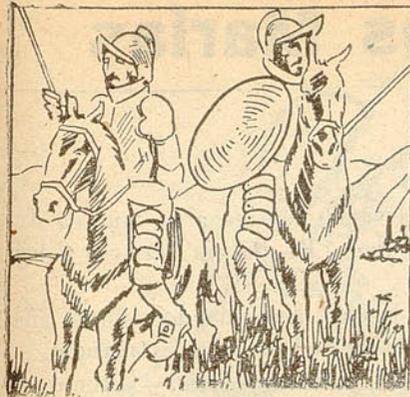
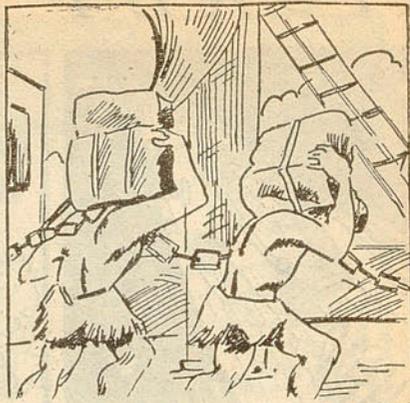
6.— Uy, uy, uy, siento cosquillas por todo el interior del cuerpo.
— Yo veo puras candelillas y oigo sonar campanas.



7.— Salgamos rápido al mirador para alcanzar a ver mi casa y despedirme de Minnie.
— ¡Eso es! ¡Apúrate Mickey! ¿Qué les espera en Marte a Mickey y Donald?(Continuará).



8.— Pero... pero... ¿ese es nuestro planeta?
— ¡No cabe duda, y se va achicando hasta desaparecer!

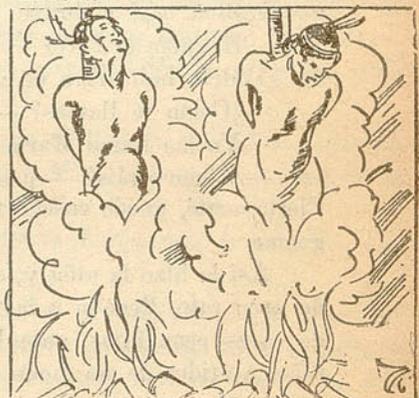
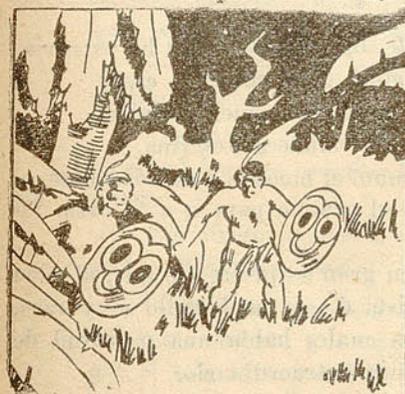


1.— Sesenta años tenía don Diego de Almagro cuando partió a Chile, al frente de quinientos hombres y de quince mil indios auxiliares, llamados “yanaconas”.

2.— Estos infelices “yanaconas” eran tratados como bestias de carga. Tenían que trabajar duramente y apenas si se les daba de comer.

5.— Al llegar los españoles a Copiapó, parecían espectros. Pero a los indios les asombró mucho su color blanco y sus barbas. También los caballos que montaban.

6.— Cuando Almagro llegó a los valles de Huasco y Coquimbo, se sorprendió de que los indios se escondieran y abandonaran sus chozas.



3.— Los “yanaconas” venían amarrados por el cuello. Cuando alguno moría, los españoles le cortaban la cabeza, y la expedición continuaba su marcha.

4.— Los expedicionarios, antes de llegar a Chile, tuvieron que sufrir todas las inclemencias de la altiplanicie boliviana. Los indios les combatieron con piedras y flechas.

7.— La explicación era fácil: los indios habían dado muerte a tres españoles y temían que estos hombres blancos y barbudos los vengaran.

8.— Almagro los vengó, en efecto, pues cogió a 30 caciques y los quemó. Esto atemorizó a los indios y les hizo pensar en una represalia feroz.

(En el próximo número: “Felipillo, el ambicioso”).

Las Dos Marías

María salió a pasear llevando consigo a su muñeca Josefina en un cochecito muy lindo. El día era hermoso y brillaba el sol alegremente.

La niña se metió en el bosque, pero cuando salió de nuevo de él, observó, muy apenada, que se había extraviado.

—No importa — se dijo para consolarse. — Pronto encontraré a alguien y le preguntaré el camino para volver a casa.

En efecto, no tardó en encontrar a un extraño sujeto. Era un hombrecillo que vestía una chaqueta verde y que llevaba una gallina bajo el brazo.

—Hágame el favor — le dijo María. — Me he extraviado. ¿Podría indicarme el camino para volver a casa?

—¿Cómo te llamas? — preguntó aquel individuo.

—Yo me llamo María y mi muñeca Josefina.

—¿Cómo estáis? — preguntó el hombre descubriéndose. — Ciertamente, puedo enseñarte el camino para ir a tu casa. Sígueme.

Así lo hizo la niña y, con gran sorpresa, vió que, al cabo de poco rato, llegaba a la vista de un pueblecillo muy raro, de casas pequeñitas, ante las cuales había una multitud de niños vestidos de un modo muy extraordinario.

—Ya estamos cerca — dijo el compañero de la niña.

—Me parece que por ahí no está mi casa.

—¿No? — preguntó aquel hombre muy extrañado. — Pues, mira, ahí está — añadió señalándola.

María miró hacia allá y vió una casita muy linda, de



—Dispense—dijo María.—¿Puede indicarme el camino a mi casa?

paredes blancas, cuyas ventanas estaban adornadas por alegres cortinas, y la puerta era de color amarillo brillante.

—Esta no es mi casa — exclamó María.— Se ha equivocado usted.

—¿No me has dicho que te llamas María? — preguntó aquel hombre asombrado.— Mira tu nombre encima de la puerta.

En efecto, sobre la puerta había una inscripción que decía: “*Casa de María.*”

La niña se quedó pasmada y entonces, con la mayor sorpresa, observó que su muñeca se apeaba del cochecillo y por sí sola atravesaba el jardín para reunirse con otras muñecas que la esperaban.

—Ya ves, pues, que esta es tu casa — le dijo aquel hombre.— Te llamas María.

—Pues, no, señor, no lo es. Sin duda me ha confundido usted con otra.

En aquel preciso instante se abrió la puerta amarilla y salió una niña de edad muy semejante a la de María. Al verla, aquel hombre le dijo:

—Mira, querida María, he cometido un grave error. Esta niña se llama también María y la he traído a tu casa, figurándome que vivía en ella. Pero no es así.

—¡Dios mío! — exclamó la desconocida con agradable voz — ¡qué lástima! Pero, en fin, no importa. Vale más que esta niña entre a descansar un rato. Comerá conmigo y luego ya veremos el modo de llevarla a su casa.

La niña María quedó muy contenta al oír estas palabras. Se despidió del hombre que la había llevado hasta allí y él se alejó, en tanto que su gallina cacareaba.

La niña atravesó el jardín y la otra María la hizo entrar en su casa, que si bien muy pequeña, como la de una muñeca, era lindísima.

—Este pueblo pertenece al País de las Hadas — le dijo la dueña de la casa.

—¿De veras? — preguntó la niña María.— ¡Oh, cuánto me alegro de haber venido!

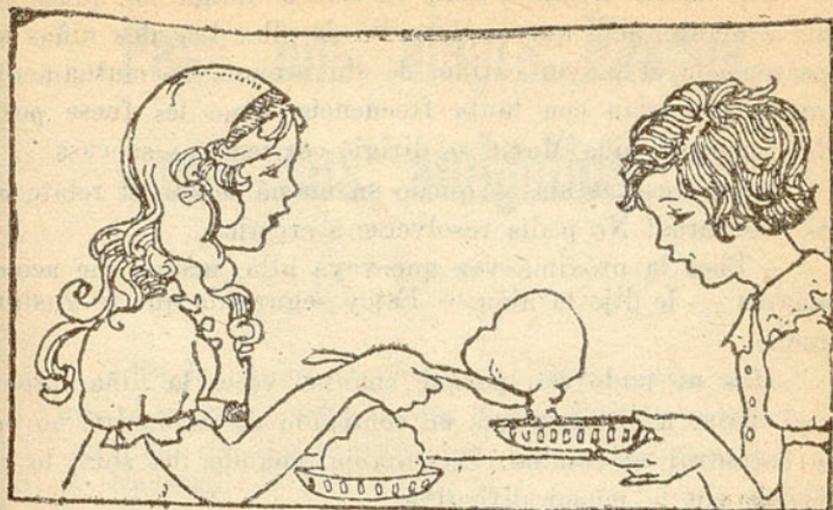
—Pues yo también he tenido mucha alegría de conocerte — le contestó su nueva amiga.— Pero ahora comamos, porque sin duda tienes mucho apetito.

Entre las dos acabaron con los guisos que la dueña de la casa había hecho y como aún tuviera más apetito, tomaron luego un buen plato de crema con bizcochos, pasteles de toda clase y por bebida un jarabe de sabor maravilloso.

—¡Oh, qué comida tan sabrosa! — exclamó la niña dando un suspiro de satisfacción.

—Me alegro mucho de que te haya gustado — le contestó la dueña de la casa.— Y ahora será preciso pensar en acompañarte al lado de tu mamá.

Las dos niñas salieron, atravesando el pueblo, y la



Las dos niñas comieron muy a gusto

niña María observaba, muy interesada, todas las casitas por delante de las cuales pasaban. Con la mayor sorpresa pudo darse cuenta de que en aquel pueblo vivían todos los héroes de los cuentos de hadas. Así vió a la Caperucita Roja, al Lobo, al Gato con Botas, al marqués de Carabás, a Piel de Asno, a la Bella Durmiente, a Barba-Azul, que ocupaban un castillo de imponente aspecto, a Blancanieve y, en una palabra, a todos los personajes que se habían hecho famosos en el mundo entero. También pudo divisar la morada de algunas brujas espantosas, y, según le dijo su compañera, allí no eran temibles, porque estaban muy vigiladas y en caso de hacer uso de sus malas artes, serían expulsadas sin misericordia.

Por fin dejaron atrás aquel pueblo maravilloso y se aventuraron por el bosque. Y mucho antes de lo que pudo imaginar la niña María, vióse en el camino conocido que conducía a su propia casa.

En cuanto llegaron allí, su nueva amiga no quiso seguir adelante, sino que se despidió de ella. Las dos niñas se besaron con el mayor cariño, no sin prometerse mutuamente que se reunirían con tanta frecuencia como les fuese posible. Luego la niña María se dirigió corriendo a su casa.

¡Qué sorprendida se quedó su mamá al oír el relato de sus aventuras! No podía resolverse a creerlas.

—Pues la próxima vez que vaya allá, mamá, me acompañarás — le dijo la niña.— Estoy segura de que te gustará mucho.

Mas no pudo ser, porque cuantas veces la niña intentó ir a visitar a su amiguita, en compañía de su madre, no pudo encontrar el camino. En cambio, cuando iba sola, lo reconocía sin la menor dificultad.

¿No os parece que eso es muy extraño?

Libros que harán las delicias de los niños:

BENJAMIN FRANKLIN, por J. Baeza .. . \$ 1.20

DE VALPARAISO A LA ISLA VERDE, por
Tancredo Vallery .. . \$ 2.00

Pídalos en librerías, puestos de periódicos o en la

Editorial Ercilla

Agustinas 1639 — Stgo. de Chile — Casilla 2787

Pase una alegre Pascua con sus amiguitos....

En la página siguiente publicamos, esta semana, el primer cuadro de los 8 que deberán colorear los niños que deseen participar en nuestro Concurso de Navidad.

No deje, lector, de tomar parte en este concurso. Habrá buenos premios.

Los principales serán, en Santiago, 3 árboles de Pascua con juguetes.

En Valparaíso y Concepción daremos otro árbol.

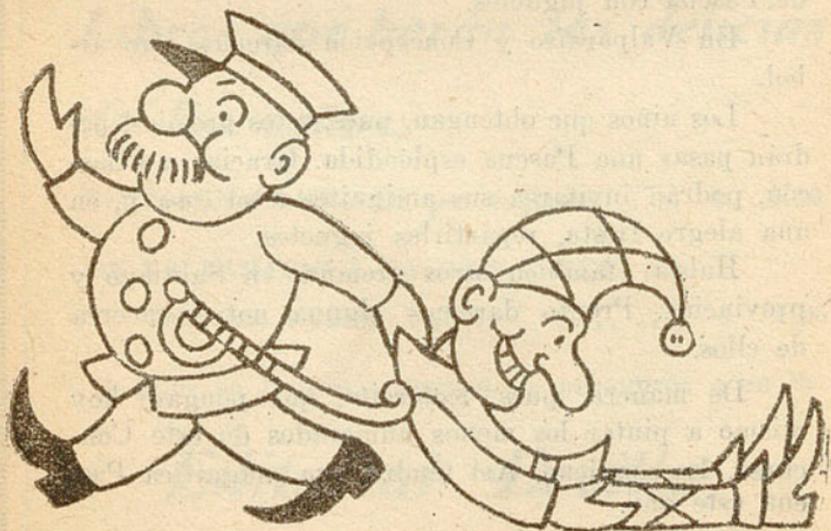
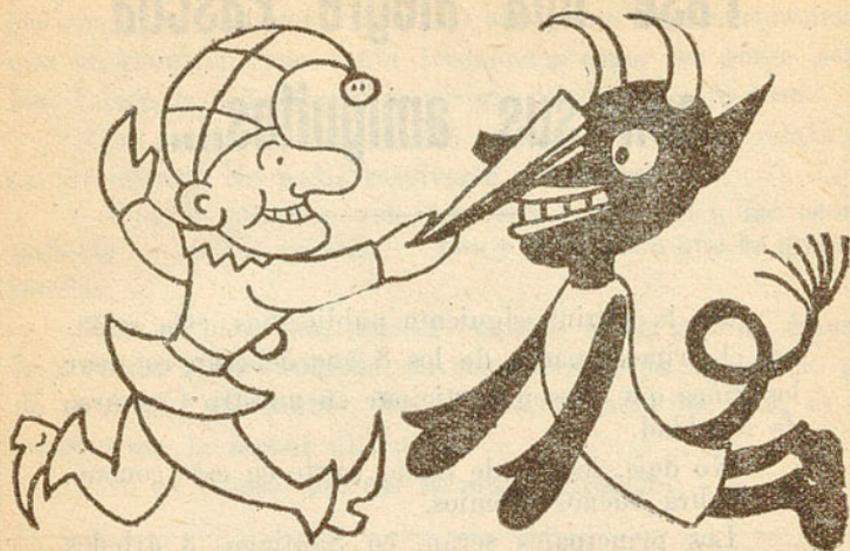
Los niños que obtengan, pues, estos premios, podrán pasar una Pascua espléndida. Gracias a Chascón, podrán invitar a sus amiguitos a su casa y, en una alegre fiesta, repartirles juguetes.

Habrán también otros premios, en Santiago y provincias. Pronto daremos alguna noticia acerca de ellos.

De manera, pues, lectorcito, que póngase hoy mismo a pintar los monos numerados de este Concurso. Le conviene. Así tendrá una magnífica Pascua este año.

Concurso de Navidad

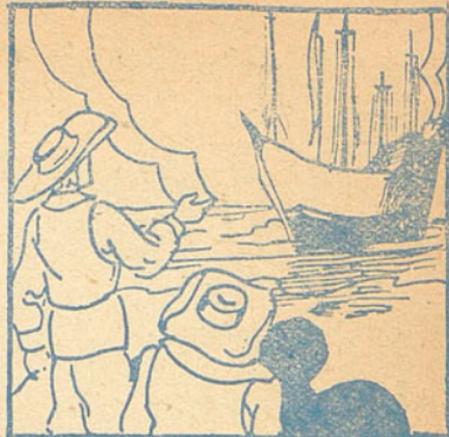
(CUADRO N.º 1)



PONGALE COLOR Y ENVIÉLO A ESTA REVISTA. PUEDE
OBTENER UN BUEN PREMIO



5.— Les contó que en las costas de Guinea se podía adquirir esclavos negros, para que ayudaran en las labores de la plantación. Los entusiasmó con esto.



6.— Fletaron un barco para las costas de Guinea y encomendaron a Robinsón el negocio de la compra de esclavos. El barco tenía 6 cañones y era bastante bueno.



7.— Volvió Robinsón, pues, a su vida aventurera. En el barco iban 14 marineros, el capitán, un muchacho grumete y Robinsón.

“EL NAUFRAGIO”.



8.— A los 12 días de navegación, vino un espantoso huracán. Un marinero y el grumete fueron arrebatados por una inmensa ola. A otro marinero, que murió de fiebre, se le echó al mar.

EL HOMBRE O LA MUJER,
Jefes de Hogar, tienen a su cuidado



muchos pares de ojos...

que una vez gastados o enfermos, no pueden ser renovados, ni siquiera reparados.

Permítanos indicarle, sin compromiso para Ud., si la iluminación de su hogar es o no adecuada a sus necesidades.

Estamos a sus órdenes.

CIA. CHILENA DE ELECTRICIDAD LTDA.

Imp. Ercilla